



Acción Católica

Relatividad

«Quien no está en Mí, está
contra Mí...»

Cristo delimitó dos campos diametralmente opuestos. Nos habla de dos señores a quienes no podemos servir a la vez. Nos dice después, en palabras de expresión terrible: «...Y diré a los de mi derecha... y diré a los de mi izquierda...»

En otro pasaje, nos cita al sirviente cobarde que prefiere enterrar los dineros que le pone el Señor a su custodia, dudando entre Su servicio o gastarlos alegremente en contra de Su voluntad. Otra vez suena indeclinable la sentencia: «Al criado inútil, tiradlo a las tinieblas exteriores.»

No entierres los dineros de tu voluntad, dudando en si tienes de ponerla al servicio de Cristo o en su contra; y piensa que enterrándolos, no sólo de nada te sirven, sino que te sitúas deliberadamente en su campo contrario.

¿Puede llegar a ninguna parte quien frente a dos caminos se cruza de brazos indiferente?

¿Llegará hasta las regiones de lo inmenso, quien clavado en el montículo de sus concepciones, no cede su voluntad a la Verdad, y se erige en ídolo a lo inconcreto, indiferente ante el Bien y el mal, a la Luz, a las Tinieblas?

Quién se atrevería decir a su padre: «Yo, padre, os reconozco como a tal según la carne; y también que me ligan a vuestra voluntad ciertos deberes y derechos. Sería vuestro enemigo negándoos esas atribuciones. No lo haré, pero me sitúo en término medio: no afirmo ni niego; no desobedezco, pero tampoco ejecuto; no os amo, pero tampoco os odio. Soy indiferente...» ¿Puede un hijo ser indiferente respecto a su padre?

No queremos crear cosas nuevas; pero sí, quel o que existe se informe de un sano espíritu cristiano, bien definido.

Que remate en cruz las actividades humanas del orden que sea.

No pretendemos exhibirnos en todos los sentidos, ni somos amigos de las espectacularidades; más bien queremos que lo que hoy sabe a pagano y materializado, una oportuna intervención quirúrgica en lo espiritual, separe lo sano de lo irremisiblemente perdido.

Tu misión de Apóstol

«No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que soy Yo el que os ha elegido a vosotros para que vayáis y hagáis fruto y vuestro fruto sea duradero.»

A ti se dirigen, joven, estas palabras elocuentísimas del Divino Maestro. Díjolas El a sus Apóstoles. Y a ti como apóstol. Y no las dijo tan sólo por decirlas. No. Encierran toda una doctrina. Definen toda una misión: La de los Apóstoles. La tuya.

«...No me habéis elegido vosotros a Mí...» Entiéndelo bien. Penetra el sentido hondo y sublime de estas palabras. No eres tú quien le has elegido a El por Maestro. El es quien te eligió por discípulo. No eres tú quien has elegido tu misión de apóstol. El es, Jesús, quien te llama a cumplirla: «...Soy Yo el que os ha elegido a vosotros...»

¿Y para qué te ha elegido Jesús? ¿Para que, perfeccionándote a ti, te santifiques tú sólo? No. Tu santificación no ha de ser el fin de tu misión, sino un medio. Tu santificación ha de ser, naturalmente, el primer afán de tu misión, porque sin santificarte a ti no puedes en manera alguna santificar a los demás. Pero no es el único fin de ella. Tu vocación de apóstol te exige mucho más. Te exige que vayas. Eso es, que hagas que tus semejantes sean santificados. Oye lo que dice Jesús: «...os he elegido a vosotros para que vayáis». O sea, que es fuerza que tú «vayas». Que seas activo. Que cumplas. Que seas energético. Que no desfallezcas.

Y dice más aún tu divino Maestro: Te exige que «vayas» y además te dice: «...para que vayáis y hagáis fruto...» ¿Y cómo has de hacerlo? Primero: santificándote. Segundo: santi-

Que lo indiferente deje de serlo o que se manifieste.

Las caretas tendrán de arrancarse y serán arrancadas.

Que lo Blanco y lo Negro se delimiten; que se pongan frente a frente.

«Prudente como serpientes; cándidos como palomas.» Pero jamás incautos.

No hay términos medios. Lo relativo es ya negativo. Y o positivo, o negativo.

tificandó. ¿Cómo has de santificarte? Por la Piedad. Por el Estudio. Asiste a nuestros Círculos de Estudio, a nuestros actos de Piedad. ¿Cómo has de santificar? Por la Acción, que eso te exige Jesús que hagas cuando te dice que te ha elegido para que vayas «y hagas fruto».

Siendo, pues, que la Acción ha de ser tu norma, por ella habrás de sacrificar no sólo tus diversiones peligrosas cuando no pecaminosas, sino ya a veces aun tus diversiones lícitas. Sobre y por sobre de todo habrá de alumbrarte el deseo de «ir». De actuar. Así, y sólo así, «harás fruto».

Y aun el Divino Guía te dice cómo ha de ser tu fruto: «...y vuestro fruto sea duradero.» ¡Qué precisión y concisión admirables en sus mandatos! Fíjate bien. Tu fruto ha de ser duradero. Es decir, que no puedes dejar de cultivarlo hasta tanto que no sea verdadero. Qué sea seguro.

¿Qué eso te exigirá sacrificio? El sacrificio es la insignia de los corazones de apóstol. Forja de los corazones austeros. Los cincela. Los define.

Sólo cuando tu fruto «sea duradero», podrás llamarte verdaderamente apóstol.

Si este «fruto duradero» te exige renunciamientos; si te exige sacrificios; si te pide austeridad; si te demanda privaciones, bien puedes ofrecérselo todo y aún más a Jesús por el favor que te ha hecho de elegirte a ti para hacer obra de apostolado y perpetuar por ella, a través del ambiente corrompido, la obra perenne de la Redención. No engañes a Jesús. No defraudes a Aquel que te ha elegido. A Aquel que no has tú elegido, sino El a ti.

Joven, por Cristo: En todos tu actos, piensa en tu misión. En tu deber. Y lucha con fe, contra todo obstáculo que delante de ti pudiera surgir, que luchar con fe es abrir camino. Lucha con la esperanza de la victoria, que tienes segura. Pensa que has de recibir el ciento por uno en todo lo que hagas por Jesús. Lucha con caridad, porque ella es y ha de ser indispensablemente la trabazón que ha de unificar toda tu misión de apóstol. Lucha con sacrificio. Y Dios te lo premiará con largueza.

Y piensa siempre: **No te has elegido tú, sino Jesús te ha elegido para que vayas y hagas fruto y tu fruto sea duradero.**

L. R.